

Migrantes latinoamericanos por educación en el país soviético

Latin-American education migrants in the land of the Soviets

VICTORIA PÉREZ*

RESUMEN: En el presente trabajo se explora el proceso de la construcción de identidades sociales del país de origen y de la sociedad receptora en historias de vida, en este caso de mexicanos migrantes en busca de educación. Asimismo, se estudian las estrategias discursivas empleadas por los informantes para construir su identidad narrativa. El análisis del corpus, conformado por 10 entrevistas sociolingüísticas realizadas a individuos mexicanos que en los años setenta salieron del país para encontrar una mejor oferta educativa en la Unión Soviética, se realizó a partir de la descripción de un contexto global de aquella época. Se concluye que durante la migración la faceta identitaria dominante en los jóvenes fue la latinoamericana.

PALABRAS CLAVE: *discurso, historias de vida, contexto, realidad social, identidad.*

ABSTRACT: In this article we explore the construction of social identities of the country of origin and those of the host society in the life stories of Mexican education migrants. Also, we study discursive strategies used by the informants to shape their narrative identities. The analysis of the data corpus composed of 10 sociolinguistic interviews done to Mexican individuals that left their country in the 1970s in search of better education opportunities in the Soviet Union begins with the description of the global context of that period. It is concluded that during this migration the dominant identity facet of the young Mexicans was the Latin American.

KEYWORDS: *discourse, life stories, context, social reality, identity.*

RECIBIDO: 10 de mayo de 2016 **ACEPTADO:** 17 de septiembre de 2016

En su autobiografía escrita en 1931, el general más laureado en la historia de los Estados Unidos, Smedley Butler, resume así su contribución a las políticas imperialistas del gobierno estadounidense en América Latina:

* Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la BUAP, México <vita_ru@hotmail.com>.

Aseguré México para los intereses petroleros norteamericanos en 1914. Ayudé a convertir a Haití y a Cuba en lugares decentes para los muchachos del *National City Bank*, para que pudieran cobrar sus impuestos tranquilamente. Ayudé a limpiar a Nicaragua para los hermanos banqueros Brown entre 1909 y 1912. Dejé a la República Dominicana madura para recibir a los intereses azucareros norteamericanos en 1916. Ayudé a ablandar a Honduras para las compañías fruteras norteamericanas en 1903 (citado en Ansaldi, 2008: 367).

En 1959, con el triunfo de la Revolución Cubana que desencadenó una serie de acontecimientos trascendentales en la historia latinoamericana del siglo xx, los países de América Latina dejaron de ser el patio trasero de los Estados Unidos. Esto coadyuvó a que la Unión Soviética considerase de suma importancia la cooperación con los países latinoamericanos no solamente en el ámbito económico, sino también en el de la ciencia y tecnología, la cultura y la educación. Este esfuerzo cristalizó en la fundación de la Casa de Amistad con América Latina en Moscú que funcionó en las décadas de los sesenta y los setenta.

En 1961, en el marco de la Academia de Ciencias de la URSS, fue creado el Instituto de América Latina que pronto se convirtió en un centro reconocido mundialmente por sus notables estudios sobre el continente. Debido a la lucha de sus pueblos por la libertad y los derechos democráticos, este fue calificado por los latinoamericanistas soviéticos como el continente en llamas.

En 1972, el afamado director del cine soviético Roman Karmen utilizó la misma metáfora para intitular su documental en el cual a lo largo de 2 horas y 5 minutos se narran los procesos sociales y revolucionarios en los países latinoamericanos. Acompañadas con el fondo musical de las canciones de los hermanos Ángel e Isabel Parra, las imágenes mostraban al espectador soviético los retratos de los líderes revolucionarios mexicanos Pancho Villa y Emiliano Zapata; fragmentos de las entrevistas al presidente chileno Salvador Allende; páginas de vida de los campesinos peruanos; la belleza cultural y natural cubana florecida con mayor fuerza después de la revolución; la lucha de los pueblos de la República Dominicana y de Panamá por la dignidad social y nacional que se llevaba a cabo bajo el llamamiento del general Torrijos “Siempre de pie, nunca de rodillas”. Y aunque debido a la prohibición de los gobiernos de otros países fuera del documental quedaron las favelas de Sao Paulo, los escuadrones de la muerte salvadoreños, los enfrentamientos de los mineros bolivianos con la policía y los problemas de los trabajadores de plantaciones de café en

Colombia o de plátano en Ecuador, el ciudadano soviético ya tenía una idea clara sobre la América Latina cuando a finales de los años cincuenta empezaron a llegar a la URSS muchos jóvenes latinoamericanos provenientes de ex colonias para recibir educación en instituciones de enseñanza superior.

Al inicio de los sesenta, en numerosas universidades del país soviético estudiaban alumnos de 29 países africanos, de 21 estados de Asia y de 19 países de América Latina. La que encabezaba la lista de las instituciones educativas que contaban con el alumnado extranjero era la Universidad de la Amistad de los Pueblos (UDN, por sus siglas en ruso). Fundada en 1960 según la decisión del gobierno de la URSS y con el objetivo de formar los cuadros profesionales para los países recién liberados de la dependencia colonial, la universidad realizaba la admisión de estudiantes a través de las embajadas asumiendo todos los gastos derivados del proceso de estudios, las becas, el servicio médico, así como el pago de traslado de ida y vuelta.

El reglamento de ingreso a la UDN fue publicado el 24 de marzo y a principios de abril fueron recibidas 455 solicitudes de ingreso de 72 países del mundo, entre las cuales 14, eran de países latinoamericanos. Para el verano, la cantidad de las peticiones ya superaba las 50 mil (Marchuk y Volociuk, 2010). El académico C. Mamontov, el primer Director de la Cátedra de Idiomas Extranjeros y decano de la Facultad Preparatoria y de la Facultad de Filología e Historia de la UDN, quien empezó a trabajar en la Universidad como asesor del departamento de Admisión e Información, recuerda este período de la siguiente manera:

Como yo hablaba perfectamente español y conocía bien América Latina y su cultura, tuve que revisar dos o tres sacos de cartas-solicitudes llegadas desde ese lejano continente, las que contenían centenares de confesiones y ruegos para ser aceptados. De ellos, había que elegir cerca de un centenar de los mejores postulantes... La elección era una tarea difícil: por una parte, estaba la juventud que simpatizaba con la URSS, proveniente de familias de escasos recursos y con bajo nivel de preparación académica y, por el otro, gente de clase media, con un nivel de preparación bastante alto, que todavía nos miraba con recelo, aunque con una sana curiosidad por conocer nuestro país (Marchuk y Volociuk, 2010: 23).

En los archivos de la UDN todavía están guardadas las solicitudes de aquella época, una de las cuales pertenece a Victoria, una ciudadana panameña de 16 años quien en su escrito confesó: “La educación superior en mi país es privilegio de las clases pudientes, mientras que los pobres, solo

podemos soñar con ella. Deseo estudiar en la Universidad para comprender los logros del pueblo soviético y poner mis conocimientos al servicio del Pueblo” (Marchuk y Volociuk, 2010: 23).

La información presentada en la Tabla 1 muestra que no existe relación entre la cantidad de egresados latinoamericanos y el tamaño del país de procedencia o su nivel de desarrollo social y económico. Es probable que tal fenómeno tenga que ver con la presencia y la manifestación de las fuerzas revolucionarias en los países del continente latinoamericano, hecho que contribuyó en el mejoramiento de las relaciones con el primer país de socialismo y elevó las posibilidades de reconocimiento de los títulos expedidos en la URSS.

Tabla 1. Distribución de estudiantes latinoamericanos por especialidad (1960–1982).

País	Egresados	%	Lugar
Argentina	80	1,7	14
Bolivia	228	4,8	6
Brasil	186	3,8	7
Colombia	470	9,5	1
Costa Rica	151	3,2	9
Cuba	53	1,1	17
Chile	452	9,3	2
Ecuador	267	5,8	4
Dominica	1	0,01	26-28
Granada	1	0,01	26-28
Guadalupe	28	0,6	20
Guatemala	312	0,7	18-19
Guayana	72	1,4	15
Haití	27	0,5	21
Honduras	117	2,3	12
Jamaica	16	0,3	23
Martinica	8	0,2	24
México	231	5,0	5
Nicaragua	148	2,9	10
Panamá	175	3,5	8

Continúa...

País	Egresados	%	Lugar
Paraguay	21	0,4	22
Perú	311	7,4	3
República Dominicana	124	2,5	11
Salvador	58	1,2	16
San Vicente	1	0,01	26-28
Surinam	3	0,06	25
Uruguay	33	0,7	18-19
Venezuela	101	2,1	13
Total América Latina y Caribe	5028	100,0	

Fuente: Archivo de la RUDN (Universidad de Rusia de la Amistad de los Pueblos, citado en Marchuk y Volociuk, 2010: 34).

De acuerdo con las estadísticas, las especialidades más requeridas por los estudiantes latinoamericanos en el período de 1960-1982 eran las de ingeniería, física, química, matemática, economía y derecho. Su solicitud se debe a las necesidades de las economías de los países latinoamericanos en aquel período, así como al alto nivel de estas disciplinas en las universidades soviéticas.

PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

Como fenómeno social, la migración es una realidad a la que actualmente se enfrentan todos los países. En 2014, el número estimado de migrantes internacionales a nivel mundial es de 214 000 000, lo cual implica que el 3.1 % de la población mundial pertenece a este grupo (OIM, 2014). Debido a la complejidad de los movimientos migratorios, el Consejo de Europa define la migración como un fenómeno estructural de importancia mundial (Labrador Fernández, 2001). Entre la gran variedad de las razones que impulsan a las personas a tomar la decisión de migrar, está la búsqueda de ofertas educativas a nivel nacional e internacional: los individuos se desplazan territorialmente con el deseo de continuar la educación iniciada en el país de origen. Según el mapa interactivo creado por la UNESCO (Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura) sobre la movilidad global de los universitarios, en el mundo más de 3 600 000 de estudiantes de este nivel prosiguen su formación en un

país distinto. En el caso de nuestro país, los números muestran que actualmente 26 866 jóvenes mexicanos cursan estudios en el extranjero. De ellos, 13 456 escogieron a los Estados Unidos como el país destinatario (UNESCO, 2014). En este sentido y partiendo de las perspectivas de las teorías de la modernización, la migración puede ser considerada como una manera de progresar en la vida (Malgesini y Giménez, 2000). En la mayoría de los casos, los migrantes por educación contemplan la posibilidad de regresar al lugar de origen y ubicarse en una mejor posición de la escala social.

En México, este fenómeno obtuvo su mayor visibilidad a finales de la década de los sesenta, cuando de acuerdo con los estudios realizados por Echánove Trujillo (1973), sólo 2 % de la población estudiantil nacional accedía a niveles de educación superior. El sociólogo argumenta que en 1968 y 1969, el 77 % del alumnado de la UNAM pertenecía a la clase media y solo un 18 % eran hijos de obreros y de campesinos. Sin embargo, las cuestiones económicas no eran lo único que les impedía a los jóvenes realizar estudios a nivel superior: según las palabras del Director General de Servicios Escolares de la UNAM, publicadas en *El Herald de México* el día 27 de diciembre de 1966, la máxima casa de estudios no tenía capacidad de recibir a todos los solicitantes por falta de cupo y, por lo tanto, alrededor de diez mil aspirantes a la preparatoria de la UNAM no podían ingresar. Por la misma razón, en enero de 1968, no menos de 15 000 estudiantes, candidatos tanto a la enseñanza preparatoria como la universitaria, fueron rechazados (Echánove Trujillo, 1973) y se vieron en la necesidad de explorar otros caminos para satisfacer sus anhelos de la superación personal. Muchos de ellos encontraron la solución en las páginas *Boletín de la Información de la Embajada de la URSS* que desde los años cuarenta circulaba en México. Los artículos encabezados como “Derechos y garantías de los soviéticos”, “La vejez protegida por la ley”, “El estado soviético protege a la madre y al niño”, “La revolución cultural en la URSS”, “La juventud soviética: derechos y opciones” (Pérez, 2009) echaban luz a la vida cotidiana de este país del bloque socialista, mientras que las fotografías, principalmente en blanco y negro, mostraban los rostros de gente feliz, satisfecha y segura de su futuro. En México, en cambio, la atmósfera social era asfixiante (Condés Lara, 1998). En 1960 el boletín informó sobre la inauguración en Moscú de la Universidad de la Amistad de los Pueblos, que junto con la Universidad Estatal de Moscú abrió sus puertas a estudiantes de 47 países de Asia, África y América Latina a quienes el gobierno soviético ofreció becas.

Al inicio de la década de los sesenta en la Ciudad de México empieza a funcionar el Instituto de Amistad e Intercambio Cultural México-URSS a través del cual los mexicanos tenían la oportunidad de conocer, aunque fuera de lejos, la cultura y el idioma ruso.

Para complementar el escenario, es importante señalar que la Embajada de la URSS en México tenía órdenes del gobierno soviético de expedir visas preferentemente a los jóvenes que mostraban interés en estudiar en la Unión Soviética y que fueron recomendados por el Partido Comunista Mexicano. De este modo, para un número considerable de alumnos mexicanos que estaban insatisfechos con su situación socioeconómica se presentó la oportunidad de realizar estudios de educación superior en la URSS. Muchos de ellos dejaron por primera vez la tierra que los vio nacer y crecer para viajar a un país, donde esperaban encontrar la tierra de promisión, formando así una corriente migratoria estudiantil mexicana muy significativa, una corriente que se caracterizó por poseer distintos valores y convicciones, muchos guías, héroes, ídolos y símbolos: desde el Che Guevara, que armado con su valor y convicciones personales, se lanzó a la aventura de “acabar con el imperialismo” y Ho Chi Minh, quien con su paciencia y sabiduría dirigía la resistencia de su pueblo heroico contra la intervención militar norteamericana; hasta pacifistas, como Martín Luther King en los derechos civiles.

Lo expuesto anteriormente explica el interés que tienen economistas, antropólogos, sociólogos y psicólogos en el estudio de los flujos migratorios. Sin embargo, al tratar la migración como desplazamientos masivos de las comunidades, a menudo se desatienden las emociones que los migrantes han tenido a lo largo de este proceso, así como las experiencias personales que han influido en la (re)construcción de sus identidades.

Si las actitudes sociales de los sujetos migrantes, sus creencias y prejuicios, su relación con los grupos de pertenencia y exclusión pueden ser abordados desde la psicología social, las peculiaridades de su habla, junto con los mecanismos lingüísticos que utilizan para tejer sus historias de vida y de este modo exteriorizar sus subjetividades e identidades (De-Fina, 2003), sólo pueden ser estudiados bajo la mirada del análisis del discurso y de una de sus modalidades, conocida como análisis del contenido de los textos. La identidad desde este enfoque se concibe como el resultado de las prácticas lingüísticas que, a su vez, están integradas por otras prácticas sociales que se llevan a cabo en nuestra cotidianidad. En este sentido, no es de sorprenderse que, debido a la especificidad de los objetivos que se

pretende cumplir en las investigaciones sobre la construcción de la identidad a través de la interacción en contextos sociales específicos, la cantidad de los trabajos que se centran en esta problemática es escasa. Entre ellos es pertinente reconocer el trabajo fundamental de corte interdisciplinario (lingüístico, sociológico y psicológico, entre los principales) de la sociolingüista norteamericana De-Fina (2003), en el cual -con base en las narrativas autobiográficas de un grupo de migrantes mexicanos que cruzaron de manera ilegal la frontera entre México y los Estados Unidos- se explora la edificación de su identidad grupal, étnica y nacional. La magnitud y la profundidad del estudio realizado por De-Fina, hasta ahora único en su naturaleza, hacen de él un modelo teórico-metodológico a seguir, cuando se trata de ejecutar una mirada analítica a los discursos de migrantes.

Sin pretender abarcar la amplitud del campo en cuanto a la problemática lingüístico-discursiva, la presente investigación tuvo como objetivo determinar la temática de los micro-relatos que constituyen las historias de vida analizadas con el fin de obtener una visión global sobre las realidades cotidianas en las sociedades de origen (la mexicana) y de recepción (la soviética) que testimoniaron nuestros informantes. Por otro lado, al guiarse por la idea de que la narración de vida está íntimamente relacionada con la configuración del yo (De-Fina, 2003), fue necesario establecer el siguiente objetivo analítico: revelar las prácticas lingüísticas a través de las cuales los narradores construyeron sus identidades.

MÉTODOS Y MATERIALES

El grupo de informantes fue constituido por 3 mujeres y 7 hombres, 9 de los cuales son catedráticos de la BUAP (Benemérita Universidad Autónoma de Puebla), mientras que una de las entrevistadas es pediatra, ahora ya jubilada. Las edades de todos ellos oscilan entre 55 y 60 años. Durante su estancia en la antigua Unión Soviética, 7 residieron en Moscú, uno en Leningrado, conocido actualmente como San Petersburgo, los 2 restantes en Járkov y Zaporozhie, ciudades industriales que hoy en día se encuentran en el territorio perteneciente a Ucrania. Las condiciones de las entrevistas fueron similares, puesto que se realizaron en los cubículos de los participantes o de la investigadora. Sin especificar o limitar la temática de sus recuerdos, a cada uno se le solicitó narrar sobre sus experiencias en el país soviético.

En términos analítico-demográficos, las personas que compartieron sus vivencias pertenecen a una misma cohorte, definida por Rosales Ortega (2006: 60) como “un grupo de personas que comparten simultáneamente una experiencia demográfica que se observa durante un cierto tiempo”. En el caso específico de este trabajo, la experiencia demográfica es la migración temporal con el objetivo de realizar los estudios superiores en alguna región de la ex Unión Soviética a finales de los años sesenta e inicio de la década de los ochenta. Es importante mencionar que el género, las convenciones religiosas e ideológicas no se consideraron a la hora de seleccionar a los informantes. Debido a que algunos de ellos optaron por el anonimato, se decidió referirse a ellos como Hablante 1 (H1), Hablante 2 (H2). Los encuentros socio-verbales se realizaron entre abril y mayo de 2011.

El análisis de las influencias que tuvo en nuestros informantes el *Boletín de la Información de la Embajada de la URSS* se realizó con base en la revisión de los números de esta publicación periodística en la lengua española que salieron a la luz desde 1960 hasta 1970 y que actualmente se encuentran en la hemeroteca del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la BUAP.

La investigación se basó en los postulados del Análisis Crítico del Discurso (ACD, de aquí en adelante), que se caracteriza por su vocación interdisciplinar y su estudio de los datos desde perspectivas muy diversas. El análisis fue de tipo cualitativo, ya que este modo de acercarse a las narraciones obtenidas permitió dar cuenta de los sentidos relacionados con las experiencias del pasado que se presentaron en los relatos de vida. Otra justificación del uso del análisis cualitativo radicó en la posibilidad de plantear el desafío de volver a insertar estos sentidos individuales en el contexto social en el que surgen. De este modo, se trascendió de lo individual a lo social y de lo particular a lo general, y se posicionó en el paradigma de la interpretación y no de la explicación de los fenómenos sociales y discursivos presentes en el corpus.

RESULTADOS

La exploración interpretativa del contenido de los relatos autobiográficos que configuraron nuestro objeto de estudio reveló en cada uno de ellos la presencia de micro-relatos que pueden ser agrupados de acuerdo a los temas siguientes.

LOS DESAFÍOS DE LOS MIGRANTES

En la migración, los individuos se encuentran en un medio desconocido, con códigos de comunicación diferentes. Prácticamente todo lo que los rodea cambia: desde los aspectos más básicos, como por ejemplo la alimentación, hasta el clima, la cultura, el estatuto social y la lengua. Así lo refiere el testimonio de uno de los informantes: “Pues bueno, cuando llega uno a un país y no domina el idioma, pues las primeras impresiones están construidas sobre la base de las imágenes que uno capta” (H3). Los 10 entrevistados califican el lenguaje como la dificultad principal para el migrante: “Entonces, cuando tú llegas al comedor estudiantil ya agarras tu charola y, pues, no sabes ni siquiera cómo pedir los alimentos, no sabes ni cómo se llaman las sopas, no sabes nada, entonces nada más señalas con el dedo” (H2). Otro informante coincide: “La primera dificultad, pues, el idioma. Uno va en ceros y después de un rato ya tienes que salir a la calle y tienes que comer y solo puedes pedir las cosas apuntándolas con el dedo” (H10). Se observa así que durante la migración, cualesquiera que sean sus razones, el idioma se convierte en un factor indispensable para poder sobrevivir en la sociedad anfitriona. Los sujetos tienen necesidad de aprenderlo para poder comunicarse y hacerse comprender, compartir lo común y distinguir lo diferente. De esta manera, la lengua se convierte en un símbolo de identidad y también en una herramienta obligatoria para poder cumplir con el objetivo principal de su traslado temporal a la ex URSS, el cual consistía en obtener un grado académico: “En el segundo semestre ya empezabas todas tus clases en el idioma ruso. Todo lo que es la introducción a la literatura, porque íbamos en el área de humanidades, tomábamos clases de literatura en ruso, historia y economía en ruso” (H2). El conocimiento del idioma obtenido durante las clases se ponía en práctica en la constante interacción con los compañeros soviéticos, pues con ellos también compartían los cuartos en la residencia estudiantil. En la memoria de la H2 esta relación quedó grabada de la siguiente manera: “Eso para mí fue muy importante, porque me permitió aprender el ruso más rápido, estar en contacto con alguien, que aunque no fuera su lengua materna, pero sí poder establecer un diálogo más directo. Y entonces empezamos a estudiar el ruso. Y bueno pues, fueron días pues de estar aprendiendo, batallando, porque, pues, la estructura del ruso es diferente a la estructura del español, acostumbrarse a hablar en un idioma que no hay artículos” (H2).

Es significativo mencionar que el aprender el idioma ruso les ayudó a los informantes a comprender mejor a la gente que estaba a su alrededor. Conforme el conocimiento lingüístico mejoraba, cambiaba la percepción de los soviéticos: “No sé qué le habrá pasado a otros, pero, es una lengua muy fuerte y tú sientes que (los rusos) están peleando. Pero no es que estén peleando, sino que es parte de la lengua, ¿no? Entonces hasta que te cae el veinte que así es la lengua, entonces incluso tú empiezas a hablar también fuerte y duro” (H1).

Las opiniones respecto a la importancia de saber superar los cambios son unánimes y las referencias sobre la dificultad que tenían los jóvenes para familiarizarse con las nuevas condiciones están presentes en todas las entrevistas. Una de las informantes afirma: “Sobre todo el contraste cultural fue muy muy fuerte, en especial porque había que adaptarse a la comida, a una alimentación, a la cual no estábamos acostumbrados. A adaptarte a los horarios” (H8).

LA COMIDA COMO COMPONENTE DE LA IDENTIDAD

Una de las partes primordiales de la vida cotidiana es la alimentación, que además de ser un constituyente importante de la cultura, refleja y conforma la identidad nacional. El H1 ilustra este argumento, generalizándolo de esta manera: “Por alguna razón (al mexicano) le gusta mucho su comida. Yo no sé muy bien por qué, pero así es. Nos gusta mucho nuestra comida y somos felices con ella. No sé si a todo el mundo le pase lo mismo. Tengo la impresión de que un poco sí”. Se ve así que la comida se convierte en la representación simbólica del hogar renunciado, en ritual difícil de diversificar. Para el mismo informante el primer encuentro con la comida rusa el día de su llegada a Moscú era más que desagradable. Lo describe vívidamente en uno de sus recuerdos: “Llegamos a la casa de una paisana que, donde tenía preparada una *selyodka*. ¡Qué cosa tan espantosa! ¡Qué cosa tan horrible! Jamás me imaginé que podía haber una cosa tan horrible. Y luego, encima de que era horrible esa cosa aquella *selyodka*, que es un pescado como sabes, con un pan peor que espantoso. ¡Jamás había comido un pan tan desagradable como aquel! Le di una mordida y no pude dar la segunda. Y al pescado aquel, menos que una mordida. No cené de sólido nada. Más solamente tomé un té, chai”.

Por razones como la anterior, todos los informantes mencionan la alimentación como uno de los desafíos que tenían que superar: “La comida es otro aspecto, bueno, primero diferente totalmente a la comida mexicana, a la comida que estábamos acostumbrados, pues comíamos, creo, que no de muy buena gana, hasta que nos adaptamos finalmente” (H6).

En situaciones migratorias, el hecho de cocinar las comidas nacionales permite mantener vivas las costumbres y las tradiciones culturales del país de origen. Es una estrategia que utilizan los migrantes para resistir a la discontinuidad que implica la situación del desplazamiento espacial: En este caso, la comida funge como excusa para poder reunirse con los paisanos, para convivir y compartir, para seguir siendo parte de la comunidad que han dejado atrás: “Descubrí que había una salsa *adjika*, bien que me acuerdo, y encontramos unas otras especias allá en el mercado. Y los domingos quisimos preparar un mole de olla y particularmente a mí me salió bien. Le di el toque agradable, sí parecía mole de olla. Entonces, fuimos a comprar carne y de allí los mexicanos todos los domingos me iban a buscar y nos íbamos a preparar lo mismo todos los domingos” (H3). Tajés (2006) explica la necesidad de los migrantes de compartir los alimentos con sus compatriotas a partir de la idea de que la comida es una construcción social y una forma de construir socialmente al individuo. De esta manera, la comida representa una especie de “rituales de comunión y hermandad en la orfandad” (Tajés, 2006: 47).

EL PROCESO DE ASIMILACIÓN

La etapa inicial en la nueva sociedad, conocida también como período de asimilación, era variable en duración para los informantes. No obstante, existe una notoria similitud al describir los primeros meses de su estancia como muy difíciles, calificándolos como crudos y duros. Debido a esto, algunos de los recién llegados tomaban la decisión de regresar con sus familias: “Estuvo un compañero de Guerrero que él desertó, no aguantó el tiempo y se regresó. Dos compañeros argentinos, que también desertaron” (H4). Para algunos jóvenes, las realidades que encontraban en el país soviético no correspondían a sus expectativas: “eso porque algunos compañeros a la primera del cambio regresaban, llegaban, veían y decían ‘esto no es lo que yo esperaba, todo esto no me gusta, allí nos vemos’. Otros se quedaban y lo trataban de superar, decían ‘bueno yo vine a estudiar y

hay que cumplir el objetivo' y en el otro caso habían algunos que evadían el problema y finalmente terminaban regresando y terminaban generando más y más problemas" (H9).

La mayoría de los informantes aseguran haber podido superar los problemas: "Yo me adapté después de ese golpe cultural, choque realmente, me adapté muy bien y yo estaba en casa" (H3).

Independientemente de la distancia y la duración, el cambio del lugar de residencia también tiene como consecuencia transformaciones profundas en la vida personal, social y cultural del migrante. Las experiencias vividas en la URSS tienen distintos sentidos para los informantes. La mayoría de ellos las considera como extraordinarias: "Ese fue el inicio de aquella aventura, que más que aventura fue una cosa magnífica, una experiencia, es inolvidable que lo deja a uno marcado para toda la vida" (H3). "Para mí fue una experiencia maravillosa haber estado allá, –manifiesta otro participante– creo que lo mejor que me pudo haber pasado con todo y las dificultades. Tal vez, si hubiera estudiado aquí, sí hubiera conseguido un empleo en la industria como yo lo quise, pero no hubiera tenido disfrutado todas las maravillas que yo encontré en la Unión Soviética" (H10). Sin embargo, para uno de los entrevistados los años pasados en la sociedad de acogida no eran tan agradables y lo expresa de manera implícita: "las experiencias allá, en general yo las puedo catalogar como buenas, aunque no regresaría a hacer esa misma experiencia" (H10).

EL CLIMA COMO EPIFANÍA

Los relatos de vida analizados se caracterizan por la presencia de las menciones que hacen los narradores sobre el clima. Si, como en el caso de la comida, lo consideremos como uno de los fenómenos que determinan la identidad, en el caso de mexicanos, en cuya cultura el simbolismo del sol es más que reconocido, se podría esperar que la llegada del invierno con los crudos fríos podría reforzar el sentimiento de pérdida. Sin embargo, para la gran mayoría todo lo que en este sentido representa la diferencia con lo vivido en México les sorprende y les alegra. El hecho de haber visto por primera vez la nieve se convierte para ellos en una epifanía, término utilizado por Denzin (2013), para hacer alusión a aquellas experiencias o momentos de la vida de una persona que alteran de manera positiva o negativa, en mayor o menor grado, el curso de vida de los sujetos. Así, la

participante que vivió en Moscú comenta: “Otro contraste muy interesante que al menos a mí me impactó, fue el clima, pues llegamos el final del verano, nos tocó ver el contraste abismal del otoño y de repente invierno y ver la nieve, ver la nieve, sobre todo cuando estás así, estás en clase y ves cómo está nevando y no te lo puedo creer que está nevando, porque es un fenómeno natural que marca tu propia historia de vida, o ver que está la primavera y hay nieve y ver que están naciendo las plantas, ¿no?, así la naturaleza te va marcando también. Eso marca, marca y extrañas también, al mismo tiempo, los contrastes” (H2).

Las ciudades donde transcurrían las vidas de los estudiantes se encuentran en condiciones climáticas distintas. A pesar de eso, el impacto que experimentaron los migrantes a causa del clima es muy similar. Veamos lo que nos comparte el migrante de Zaporozhie: “Los cambios de clima que son tan marcados podrían ser molestos, pero yo los extraño, extraño la primavera por ejemplo, cuando salen las hojas. Con cuánta potencia empiezan a salir. Es impresionante. Hasta lo llena a uno de vida. Bueno, hasta esas cosas yo siento que cambiaron mi vida, ¿no? Aquí siempre es verde, por ejemplo. Podría decirse, siempre es bonito, pero parece que hasta siempre es monótono, no es como allí. La nieve, luego la primavera, luego el calor del verano, el otoño, que es un poco hasta nostálgico el otoño ¿verdad?” (H7).

LA FAMILIA Y LA TOMA DE LA DECISIÓN

Las reacciones de los familiares al momento de recibir la noticia sobre la partida de sus hijos a la URSS son distintas y se explican a partir de posturas ideológicas y religiosas. Si para algunos padres este hecho representaba orgullo por sus retoños y la alegría de verlos realizar sus sueños, para otros simbolizaba la ingratitud y el abandono del nido familiar. Uno de los narradores comenta, por ejemplo, que su padre católico le advirtió que en caso de aceptar la invitación de ir a la URSS, traicionaría a toda la familia, a todo México, y que la religión católica le prohibía ir con los comunistas: “(Mi padre) se molestó mucho, se molestó mucho y finalmente dijo que yo tomara la decisión, porque sabía que era firme mi decisión, pero que él perdería a un hijo porque se entregaría al comunismo” (H1).

Un caso similar se encontró en otro testimonio: “Mi familia ideológicamente estaba dividida, ¿no? unos estaban en la izquierda y otros estaban en el PRI. Entonces, los que estaban en el lado de la izquierda decían ‘qué

bueno ¿no?, alguien de la familia va a ir a estudiar a Moscú'. Mi mamá que era una fiel militante priísta, pues, mi mamá no está de acuerdo y recuerdo muy bien una frase que me decía: 'Te vas a ir con los comunistas, te van a cambiar la ideología, me van a robar a mi hija'" (H2). Los argumentos de estos jefes de familia reflejan la atmósfera sofocante que prevalecía en la sociedad mexicana a mitad de los años sesenta y que queda plasmada en una de las entrevistas: "En aquellos tiempos en las iglesias aparecían letreros donde se veía una larga fila de gente atada con grilletes a los pies, formando una gran cadena de esclavos. Y en este cartel aparecía por ahí, de manera muy notoria, algún individuo con un látigo, azotando a los miembros que formaban aquella gran cadena. El letrero decía cosas como 'Mexicano, el comunismo te quitará a tus hijos' y cosas por el estilo" (H9). Influenciados por este tipo de propaganda, algunos familiares concluían: "Ir a la URSS es cosa de locos" (H9).

La decisión de emprender (o no) el viaje dependía generalmente del ambiente familiar, de las condiciones socioeconómicas en las cuales se encontraban los jóvenes y de la información que estaba a su alcance: "Por las características de mi familia recibíamos una revista que se llamaba el *Boletín de información de la embajada de la URSS*. Este boletín informaba igual que lo hacía, digamos, *Life* de parte de los Estados Unidos. Este boletín hacía grosso modo las mismas funciones de manera más modesta, yo diría. La revista era más pequeña, la calidad del papel era buena, pero no tan buena como *Life*, las fotografías eran buenas, pero no tan buenas como *Life*. Pero eso no importaba mucho, porque lo que importaba era la información. Y en la información había cosas como la producción de acero en la Unión Soviética, la producción de energía eléctrica, la producción de casas, cuáles eran los requisitos de una familia para tener acceso a un departamento. Se veía cómo año con año iban cambiando las estadísticas en el sentido de la cantidad de la gente que disponía de casas, cuántas personas tenían acceso a la educación, a los servicios médicos, a la cultura" (H8).

A la información leída se sumaba el disgusto que sentían los jóvenes respecto a la educación que estaban obteniendo en las universidades nacionales: "Yo estaba insatisfecho con lo que aprendía en la Universidad de Guadalajara, estudiaba ingeniería química y me parecía que las cosas se manejaban demasiado superficialmente" (H9). La decisión de aceptar la beca ofrecida por el gobierno soviético significaba incluso renunciar a ciertos proyectos ya realizados en el país de procedencia. Este es el caso de una informante, para quien la objeción principal no era la familia, sino

la institución. Después de terminar su licenciatura en medicina, ella ya se encontraba trabajando en el IMSS, donde tenía que solicitar permiso para ausentarse durante meses para satisfacer su deseo de “conocer el sistema socialista” (H4). La respuesta fue negativa y, a pesar de que el Seguro Social representaba un anhelo para ella, optó por cumplir con su objetivo: “El Instituto Mexicano del Seguro Social era un sueño para mí, era mi ideal de trabajo y dejarlo para empezar un proyecto que no conocía fue muy difícil, sin embargo lo tomé, me decidí ir a la Unión Soviética” (H4). Con esta declaración se observa la vigencia de la afirmación que hace Borisovna Biriukova (2002: 33), al plantear que “la decisión de migrar es el resultado de un cálculo racional en el cual cada individuo compara los costos de la migración con sus recompensas”.

RAZONES PARA MIGRAR

La diversidad de las razones que impulsaron a los participantes de este estudio a salir de México oscila entre las siguientes: “Yo tenía dos razones: una de naturaleza político-académica y la otra de naturaleza económica. La político-académica es que los que participamos en el movimiento de 1968, quedamos golpeados anímicamente por la respuesta del gobierno” (H5). Por otro lado, están argumentos como el siguiente: “Yo realmente no tenía la intención de ir a estudiar a la Unión Soviética, yo estudiaba aquí en física un tiempo” (H3). En la vida de uno de los diez hablantes, ir al extranjero era la única solución para apoyar a sus padres y sus ocho hermanos: “(mi mamá) trabajaba mucho, ella nos decía que teníamos que estudiar todos, a pesar de tener muy pocos recursos mis hermanos y yo.” La situación familiar se complica para él cuando la madre se enferma y el padre enfrenta los “problemas de alcoholismo, de no trabajo, de tener poco dinero, entonces él se retraía mucho de la familia.” Los silencios comunicativos, que emergen entre los recuerdos del H1, enfatizan la amargura que acompaña su viaje discursivo hacia el pasado: “Entonces yo tenía que buscar una salida, porque veía que era difícil seguir aquí estudiando” (H1).

UNA NUEVA REALIDAD SOCIAL

Una vez en el país receptor, los individuos tienen que adaptarse a la nueva realidad, a otras maneras de ser vistos por los demás, es decir por la gente con la que no compartían el mismo *background* sociocultural. Si bien es

cierto que la gran mayoría de los narradores aseguran haber pasado por experiencias positivas en este aspecto, hay uno que afirma lo siguiente: “A pesar del sistema, yo sentí que el trato hacia los extranjeros era como en cualquier parte del mundo que un güerito trata a un morenito y yo sentía que era una estimación como así por decreto ‘Te estimo porque el gobierno dice que tú eres del tercer mundo y te debo de estimar, y te debo respetar, te debo cuidar e incluso tolerar, pero si tengo un vietnamita al lado tuyo, lo voy a cuidar más a él que a ti.’” (H10) Los recuerdos de la siguiente narradora difieren de la opinión anterior: “Lo más sobresaliente, vuelvo a repetir, fue la amabilidad de las personas hacia mí. Sobre todo de las personas del sexo femenino y mayores de edad que yo traté. Yo estaba joven, me veía más chica de lo que realmente era y por misma complexión física era delgada, pequeña de talla. Las personas mayores me veían con mucho cariño, con mucha protección siempre me decían *dochen’ka*, o sea hijita” (H4).

Estos fragmentos muestran que los jóvenes mexicanos fueron impactados en distintos grados por la cultura del país receptor. Como resultado de esta interacción social con la cultura dominante, la mayoría de ellos cambiaron sus patrones de conducta y se adaptaron a otros.

LA REINTEGRACIÓN

El retorno al país de origen significa para los migrantes la necesidad de restablecerse en la sociedad que han dejado tiempo atrás. El proceso de reincorporación depende del éxito o del fracaso de la etapa migratoria y tiene como elemento obligatorio la integración de los principios y los símbolos socioculturales de la cultura receptora en la cultura de origen, lo cual significa la reinscripción a la cotidianidad anterior a la experiencia de migración. Marcados por la convivencia con otra cultura durante un largo período de tiempo, las personas captan de manera inmediata los cambios sucedidos durante su ausencia: “Me di cuenta que había muchos vendedores ambulantes por todos lados, habían crecido de una forma exorbitante. Y, bueno, volver a adaptarme a la comida de México nuevamente. Claro, yo venía con nostalgia porque yo nunca vine a México en los seis años que estuve allá estudiando, entonces pues a entrarle a los tacos, al pozole, a las enchiladas, al mole, todo, toda la comida, barbacoa” (H8).

Las experiencias migratorias influyen incluso en la percepción de ciertos fenómenos de la realidad social de origen que antes se consideraban como normales y aceptables: “Pues cuando regreso a México, tengo el mismo problema que cuando llegué a Rusia, o sea, ¿esto es México? Desde que entra uno en el avión, sale uno de Moscú, todo verde, pasa uno por Irlanda, todo verde, baja uno en Cuba y sale uno de Cuba y todo verde, iluminado, todo bonito y llega uno a México, vea uno todo gris, café. Dice uno ‘¿Qué bárbaro! ¿Este es mi país? Yo siento que mi país es verde, bonito. Pues, yo llegaba y veía gris, café. Híjole, sí es México y las casas todas chaparritas, no grandes, sino chaparritas. Pues, le da a uno algo en el corazón, un golpe ¿no?” (H3).

LA IDENTIDAD Y LOS MECANISMOS LINGÜÍSTICOS DE SU CONSTRUCCIÓN

Ahora bien, de manera implícita, las presentaciones de las realidades sociales citadas en líneas anteriores permiten hacerse una idea general de las identidades de nuestros informantes, de aquellos jóvenes que hace varias décadas migraron a la URSS con la esperanza de mejorar sus posiciones económicas y sociales, al obtener la educación que, según sus puntos de vista, era la más adecuada para ellos. No obstante, el ACD nos proporciona una herramienta analítico-discursiva eficaz que hace posible la realización de un estudio de la identidad mucho más preciso y profundo y que consiste en el análisis de las cinco estrategias discursivas que se presentan a continuación, siguiendo la propuesta de Wodak (2001): 1. Referencia o modo de nombrar; 2. Predicación; 3. Argumentación; 4. Puesta en perspectiva; 5. Intensificación y/o atenuación.

El análisis muestra que de las estrategias nombradas, las más utilizadas por nuestros informantes son la estrategia de referencia, la de predicación y la de puesta en perspectiva. De las tres, la preferida es la última, pues a través de ella los narradores exteriorizan sus sentimientos, expresan sus opiniones, describen los acontecimientos ocurridos en el pasado y, de esta manera, cumplen con el contrato comunicativo, celebrado al inicio de cada una de las entrevistas entre ellos y la entrevistadora; en otras palabras, atienden la solicitud de hablar sobre sus experiencias durante la etapa migratoria en la URSS. El uso de la estrategia de puesta en perspectiva se observa en los siguientes fragmentos a través del empleo del verbo *creer* en primera persona gramatical: (En la Unión Soviética) “no habían grandes problemas sociales, yo en toda mi estancia, si vi a uno o dos

mendigos, yo creo que dos o tres mendigos en las calles de Moscú, es mucho” (H8); “Yo creo que la planta docente de maestros de ruso, excelentes, gente con mucha experiencia, gente que sabe enseñar” (H7). Aquí, el empleo del verbo *creer* en la primera persona del singular apunta a la expresión del punto de vista personal del hablante y no del grupo al que pertenece. En el siguiente fragmento, junto a la de puesta en perspectiva, aparece la estrategia de predicación que funciona para valorar a los actores sociales, en este caso a los mexicanos y al mismo narrador, pues mediante el uso de la forma inclusiva del pronombre *nos*, implícitamente se inscribe en el grupo que menciona: “Yo no sé muy bien por qué, pero nos gusta mucho nuestra comida y somos felices con ella” (H9).

Durante las entrevistas, la necesidad que sienten los participantes de negociar sus identidades los obliga a ser específicos en sus autorreferencias: “Yo provenía de una familia militante del Partido Comunista, es más, yo fui militante del Partido Comunista Mexicano” (H2); “Yo provengo de una familia de profesores de primaria” (H7); “Yo no soy muy estudiosa” (H4); “Nunca fui religioso, ni siquiera hice la primera comunión” (H6). La presencia de tales modos intencionales de nombrarse a sí mismos refleja el esfuerzo por parte de los entrevistados por esclarecer su yo-narrado y de esta manera justificar su identidad actual.

En cuanto a la pertenencia a grupos sociales, salta a la vista la unanimidad en el empleo de las estrategias discursivas de inclusión: “Participábamos juntos en el Partido Comunista un cierto tiempo” (H6); “Llegábamos jóvenes estudiantes de todo el mundo, de varias partes del mundo, ¿no?, básicamente de Latinoamérica, África, Asia y Asia Central” (H1); “Éramos amigos que conjugábamos de las mismas ideas, en términos generales, gente, digamos, de izquierda, gente que estábamos dentro de la formación ideológica de izquierda. Yo creo que esto fue una de las orientaciones, ¿no?, que teníamos y nos inclinábamos hacia la Unión Soviética” (H9); “Bueno, era un país que nosotros admirábamos” (H8).

Las expresiones citadas muestran que vivir en un lugar distinto al de la procedencia implica estar sumergido en constantes interacciones socioculturales, en las que múltiples identidades se reconocen y se mezclan, pero no desaparecen ni se desconstruyen. Se nota asimismo que en los contextos migratorios las diferencias no siempre funcionan como oposiciones, al contrario, apuntan a la compleja y multifacética constitución del ser humano.

DISCUSIÓN

En México, el debate sobre el fenómeno migratorio tradicionalmente se desarrolla poniendo sobre la mesa los temas tan variados como la migración clandestina, el envío y el uso de las remesas, el desarrollo regional, los derechos humanos y el derecho internacional. En tales casos, cuando las migraciones se abordan como fenómenos globales, suele olvidarse que éstas no sólo son movimientos que modifican a las sociedades, incrustándose en la historia de los pueblos, sino también están compuestas de marcas profundas de significado humano (Arriagada, 2013). Si bien es cierto que los movimientos migratorios actuales adquieren formas distintas a los de los siglos pasados, es posible encontrar rasgos comunes que se repiten. Sin miedo de equivocarse, se puede afirmar que la principal constante es la preocupación que tienen los migrantes por preservar su identidad.

Los resultados reflejaron que en los relatos autobiográficos surgidos como producto discursivo del acto de narrar, los informantes tratan de proporcionar respuestas a las preguntas ¿quién soy?, ¿de dónde vengo? y, ¿cuáles son mis orígenes? Al responder a estas interrogaciones, los informantes apelan a distintas estrategias narrativas, entre las cuales, la argumentativa es la más utilizada. Con frecuencia, el encadenamiento de argumentaciones se ve interrumpido por la inserción de los micro-relatos, cada uno de los cuales quita velos de la identidad narrativa (Ricoeur, 2006) que discursivamente tejen los informantes, poniendo en evidencia que en el extranjero, durante su proyecto migratorio, la faceta que más les interesaba mostrar frente a los otros es su identidad nacional, esto es, aquella que se asocia con la lengua, la raza y las tradiciones culturales de la nación a la cual pertenecen. En este sentido, la identidad nacional es un constructo discursivo englobante que abarca un inventario identitario más específico que se proyecta, se construye y se negocia en otros niveles: desde las identidades situacionales como ser parte del movimiento estudiantil mundial hasta identidades sociales relacionadas con la pertenencia a los grupos ideológicos: “éramos gente de izquierda”. En las narraciones analizadas, tales identidades se entrelazan de tal manera, que los migrantes negocian al mismo tiempo su identidad de estudiantes mexicanos profesionales o de profesores universitarios, todo ello en los planos del pasado (allí y antes) y del presente (aquí y ahora) de la narración. De aquí se observa que el sentimiento de identidad se basa en la interacción continua entre tres vínculos de integración: espacial, temporal y social. El primero de los tres vínculos les permite a nuestros narradores establecer diferencias y

contraste respecto a los otros (un güerito *vs* un morenito H10) y/o experimentar el sentimiento de individuación (“yo iba mucho a la iglesia y quería ser sacerdote”, H1). El segundo vínculo, el de integración temporal, hace posible a los informantes otorgar a sí mismos el sentimiento de mismidad, de continuidad en el tiempo (“desciendo de José María Pino Suarez, era mi tío bisabuelo, hermano de mi bisabuelo” (H5). El tercer vínculo, que interactúa de forma simultánea con los primeros dos es el de integración social. A través de él, los narradores expresan su pertenencia o no a distintos grupos sociales (nunca fui religioso, H1).

En las narraciones analizadas abundan referencias a la vida cotidiana en las sociedades de origen y de recepción. Para los estudiosos de las realidades sociales (Berger y Luckmann, 2001) estos fragmentos discursivos constituyen un caudal de información difícil de sobreestimar, pues está cargado de subjetividad que, por un lado, entreabre la ventana al mundo interior de los migrantes y, por el otro, ofrece distintos puntos de vista a los contextos cotidianos en México y en la URSS en los años sesenta y sesenta. Estas imágenes sobre el pasado no necesariamente reflejan el verdadero panorama, pues un genuino trabajo sobre los tiempos pasados es un esfuerzo para seleccionar, reconstruir, incluso transfigurar e idealizar el pasado, pues según la justa observación de Giménez (2009), cualquier tiempo pasado es mejor que el actual.

Considerado lo anterior se puede argumentar que, además del fenómeno social, el acto migratorio es un episodio en las vidas privadas de los individuos, donde la tristeza, la nostalgia, el duelo y la desilusión juegan el papel primordial (Ramos Tovar, 2009). Como muestra esta investigación, en el caso de “Migrantes por Educación” tal argumento no se sostiene por varias razones, la primordial es la certeza que han tenido los jóvenes de que su ausencia del país iba ser transitoria, por lo cual la migración fue percibida como una oportunidad de conocer a un país con cuya ideología se identificaban y en cuyas instituciones de educación superior ansiaban obtener las carreras profesionales, inalcanzables, según ellos, en el territorio mexicano. Esto no debe interpretarse en términos de la ausencia de los sentimientos nostálgicos en actores sociales que se desplazan territorialmente por cuestiones de educación: los que se sintieron desarraigados o insatisfechos con lo “nuevo” se fueron para no regresar jamás. Esto se explica, más bien, por la conciencia motivadora de que sus vidas, desde la llegada al otro país, tienen un mayor significado por el conocimiento esperanzador de que los logros alcanzados aquí tendrían impacto decisivo en sus trayectorias vitales posteriores.

CONCLUSIONES

Aunque los efectos sociales, económicos y psicológicos que causan en las sociedades los flujos migratorios relacionados con la educación aún se desconocen, se puede afirmar que tienen características que los hermanan con los demás tipos de migración y que cristalizan, entre muchos otros aspectos, en el cambio del paradigma cultural con su inevitable problema lingüístico. Como hemos observado, la producción de significados diferentes, pero no necesariamente desconocidos, en entornos sociales nuevos se lleva a cabo a través de la lengua, ya que ésta conforma el único mecanismo, mediante el cual los migrantes se describen y se inscriben en la sociedad receptora, se construyen como sujetos. Si bien, durante los años de estar inmersos en el contexto del idioma ruso, todos los informantes logran aprenderlo de la manera más que satisfactoria, en la actualidad solamente dos de ellos lo siguen utilizando en su vida cotidiana. Durante la migración, por su condición de la lengua extranjera, el idioma ruso funge como una herramienta cultural frágil, pero segura que facilita a los jóvenes mexicanos la inserción a la sociedad soviética.

Si hablar es poder, el manejo del idioma les abre las puertas al conocimiento de las realidades sociales de los soviéticos, permitiendo un rápido acercamiento a la cultura receptora. Las nuevas reglas de comportamiento adquiridas inconscientemente durante las interacciones socio-culturales, se amalgaman con los patrones de la conducta social ya existentes y forjan en la identidad de los jóvenes mexicanos un nuevo aspecto, una nueva imagen que los determina como grupo: los egresados de la URSS. De regreso a México, esta marca se convierte para ellos en un rasgo distintivo, que sin embargo, no tiene matices de estigmatización, como en el caso de las personas que fracasan en su proyecto migratorio. Al contrario, las dificultades superadas los vuelven merecedores de respeto y objeto de ejemplo para los suyos.

La interacción continua entre tres vínculos de integración que han experimentado nuestros narradores –espacial, temporal y social– tuvo un impacto significativo en el sentimiento sobre sí mismos, en su auto-preservación, es decir, en la preocupación constante e inevitable por su propia identidad. Para ellos, ésta se ve reforzada más que nunca en uno de los aspectos identitarios más importantes, el de ser mexicanos, faceta que prevalece sobre la ideología y sobre el reconocimiento de uno

mismo como parte constitutiva de la juventud estudiantil mundial. No obstante, todas las manifestaciones discursivas sobre la mexicanidad que producen los entrevistados reflejan no sólo su patriotismo nacional, sino también apuntan a su conciencia latinoamericana, a su yo como latino y es precisamente esta dimensión identitaria de los informantes la que era más conocida para el imaginario soviético, ya que en los años 70, gracias a la mundialmente conocida canción *El cóndor pasa* del álbum musical de Simon y Garfunkel, se asociaba inevitablemente a los representantes de cualquier país del continente revolucionario con toda Latinoamérica. Desde la percepción de los soviéticos, la latinoamericanidad se perfilaba más que nada en la capacidad de la persona de ser dueño de su propio destino. En tales circunstancias, ante la mirada de los rusos, nuestros informantes se autodeterminan como latinoamericanos, mientras que en la comunidad de los latinos enfatizan más su mexicanidad. En este sentido, la identidad de nuestros migrantes por educación se caracteriza por una compleja imbricación de lo personal y lo colectivo, donde lo étnico no entra en conflicto con lo nacional, no lo cubre ni lo desaparece, al contrario, la pertenencia geográfica a América Latina se ve reforzada en ellos por la asimilación de sus raíces multiculturales.

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo fue posible gracias al apoyo del CONACYT, a través del Programa de Apoyos Complementarios para la Consolidación Institucional de Grupos de Investigación, en su modalidad de Retención. Expresamos un sincero reconocimiento a los 10 informantes, que compartieron con nosotros parte importante de sus vidas.

BIBLIOGRAFÍA

- ANSALDI, WALDO (2008); "El imperialismo en América Latina". En Enrique Ayala Mora [editor], *Historia general de América Latina VII. Los proyectos nacionales latinoamericanos: sus instrumentos y articulación, 1870-1930*. España: Trotta, 690 pp.
- ARRIAGADA, ESTELA (2013); *Historias del otro. Migración, psicología y literatura*. Sevilla: Punto Rojo, 400 pp.
- BERGER, PETER y LUCKMANN, THOMAS (2001); *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 233 pp.

- BORISOVNA BIRIUKOVA, LUDMILA (2002); *Vivir un espacio. Movilidad geográfica de la población*. Puebla: BUAP, 294 pp.
- CONDÉS LARA, ENRIQUE (1998); *Asalto al cielo*. México: Océano, 131 pp.
- DENZIN, NORMAN (2013); *Interpretive Autoethnography*. Los Angeles: SAGE Publications, 128 pp.
- DE-FINA, ANA (2003); *Identity in Narrative: a Study of Immigrant Discourse*. USA: John Benjamins B. V, 251 pp.
- ECHÁNOVE TRUJILLO, CARLOS (1973); *Sociología mexicana (Superficie y fondo de México)*. México: Porrúa, 569 pp.
- GIMÉNEZ, GILBERTO (2009); “Cultura, identidad y memoria. Materiales para una sociología de los procesos culturales en las franjas fronterizas”, en *Frontera Norte*, 21(41), [En línea]. Disponible en: http://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S0187-73722009000100001&script=sci_arttext, fecha de consulta: 21 de mayo de 2015.
- LABRADOR FERNÁNDEZ, JESÚS (2001); *Identidad e inmigración: un estudio cualitativo con inmigrantes peruanos en Madrid*. Madrid: Universidad Pontificia Comillas, 229 pp.
- MALGESINI, GRACIELA y GIMÉNEZ, CARLOS (2000); *Guía de conceptos sobre migraciones, racismo e interculturalidad*. Madrid: Catarata, 281 pp.
- OIM, Organización Internacional para las Migraciones, Hechos y cifras. [En línea]. Disponible en: http://oim.org.mx/?page_id=90. Fecha de consulta: 9 de diciembre de 2014.
- PÉREZ, VICTORIA (2009); *Estrategias de justificación en una historia de vida*. Puebla: BUAP, 151 pp.
- MARCHUK, NICOLAY y VOLOCIUK, OLGA (2010); *URAP y América Latina – 50 años de amistad*. Moscú: Universidad de Rusia de la Amistad de los Pueblos, 152 pp.
- RICOEUR, PAUL (2006); *Sí mismo como otro*. México: Siglo XXI, 415 pp.
- RAMOS TOVAR, MARÍA ELENA (2009); *Migración e identidad: emociones, familia, cultura*. Monterrey: Fondo Editorial de Nuevo León, 147 pp.
- ROSALES ORTEGA, ROCIO [et al.] (2006); *La interdisciplina en las ciencias sociales*. México: Anthropos, 159 pp.
- TAJES, MARÍA (2006); *El cuerpo de la emigración y la emigración en el cuerpo. Desarraigo y negociación de identidad en la literatura de la emigración española*. Bern: Peter Lang, 206 pp.
- UNESCO, United Nations Educational, Scientific and Cultural Organization (2014). Global Flow of tertiary-level students. [En línea]. Disponible en: <http://www.uis.unesco.org/EDUCATION/Pages/international-student-flow-viz.aspx>. Fecha de consulta: 8 de diciembre de 2014.

WODAK, RUTH (2001); “El enfoque histórico del discurso”, en Ruth Wodak y Michael Meyer [comps.] *Métodos de análisis crítico del discurso*, Barcelona, Gedisa, pp. 101-142.

